

MISION DEL EDITOR

Desde hace aproximadamente dos décadas, la industria editorial del país alcanzó, por circunstancias bien conocidas, una presencia vigorosa en América. El libro argentino se impuso, dentro y fuera de las fronteras, tanto por su calidad material como por su valor científico y literario. Aunque ese florecimiento haya declinado durante los últimos años —no corresponde aquí puntualizar las causas— la verdad incontestable es que seguimos siendo un extraordinario y pujante centro productor de libros. En este aspecto, como en otros órdenes de vida, Buenos Aires monopolizó la actividad del pensamiento nacional y de sus medios de impresión y difusión. El escritor provinciano debía triunfar en la metrópoli, donde, inevitablemente, se consagraba publicando su primer libro. El interior del país permanecía ajeno, casi, a las manifestaciones de cultura popular. Sus librerías eran escasas, sus bibliotecas desorganizadas, sus imprentas —de recursos primitivos— estaban por lo general, al servicio de los intereses comerciales. En ese ambiente, como se comprende, era desconocida o irrisoria la compensación para los trabajadores intelectuales.

Diversas son las condiciones de hoy. En Córdoba como en Mendoza, en Rosario como en Tucumán, y así en las principales ciudades de provincias y territorios, se desparrama una múltiple actividad cultural que testimonia las inquietudes y aspiraciones de la inteligencia. Libros, revistas literarias, conferencias, conciertos, exposiciones artísticas, son expresiones ha-

lagüeñas de este despertar que surge —fenómeno digno de destacarse— al conjuro preponderante de la iniciativa privada.

Santa Fe, que siempre mostró vivo interés por las cosas del espíritu, acaba de ofrecer, con el establecimiento de un nuevo centro editorial, una contribución más al progreso cultural del país. El hecho —no habitual en nuestro medio— merece señalarse y estimarse en sus justas proyecciones. En efecto, la opinión vulgar considera, por lo general, que una casa editora es una mera empresa de comercio. No advierte ninguna diferencia entre la industria libreril y las demás industrias cuyo móvil es el lucro, la utilidad segura. El error es evidente y conviene esclarecerlo.

Desde luego, poco y nada se ha escrito entre nosotros acerca de la misión social del editor. Menos aún sobre la psicología y modalidades de acción de este personaje singular, mitad hombre de letras, mitad hombre de feria, que ejerce un vastísimo influjo en los medios cultos de Europa. Tal vez ello se explique por el hecho de que aquí hubo pocos editores, muy pocos, infortunadamente, que tuvieron conciencia de los deberes y responsabilidades que impone esta nobilísima profesión. Carlos Casavalle, el inolvidable librero de la patria, como justicieramente se lo llama, constituye una excepción honrosa. Pero su ejemplo de capacidad y generosidad no hizo escuela.

El editor, el genuino editor, de igual modo que el escritor, el profesor, el periodista, el bibliotecario, debe ser un activo agente al servicio de la cultura y una suerte de estímulo permanente de energías espirituales. Es natural que, por editor, debemos entender no sólo la persona que saca a luz pública una obra ajena y se obliga a difundirla, tomando a su cargo los gastos de impresión y los riesgos de la venta. Este es el editor común, el editor financiero, pero el vocablo tiene, además, un significado más restringido y de alta intención. Bajo este segundo aspecto, el llamado editor literario, suma a la técnica del oficio y a la solvencia comercial —recaudos mínimos del editor corriente— un conjunto de calidades: sensibilidad, ilustración, temperamento vocacional, espíritu gene-

roso, sentimiento de solidaridad, instinto certero para descubrir los talentos audaces y renovadores, que hacen del mismo un complejo "homme de goût et homme d'affaires".

Entendida en esa forma, la profesión del editor —decía un bibliógrafo francés— es, tal vez, la más difícil de las profesiones actuales.

En efecto, planteado el problema en este plano, genera para el editor un doble orden de relaciones y responsabilidades. Por una parte, frente al autor, se desempeña como el fabricante material de su obra, esto es, como el verdadero "arquitecto" del libro. Este —el libro— es fruto del escritor, que lo forja con el arma sutil de su inteligencia creadora. Pero la obra del espíritu necesita, para llegar al lector, la materialidad de la letra impresa. Y esta es la tarea específica del editor.

De igual modo que el arquitecto de la vivienda diseña el estilo que habrá de tener la misma, de acuerdo con necesidades y fines predeterminados, nuestro "arquitecto" debe, también, concebir la fisonomía tipográfica y gráfica de la obra para que las ideas del texto logren una conformidad cabal con la vestidura exterior. Puesto en la tarea, selecciona los caracteres de imprenta —ellos tienen, como se sabe, rasgos diferenciales que los hacen más idóneos para un texto que para otro—, elige el tipo y calidad del papel, estudia las combinaciones de tinta, establece el formato conveniente, determina las ilustraciones, etc., hasta alcanzar el ideal deseado de la conformidad de la fórmula literaria con la fórmula estética de la presentación.

Como se comprende, esta delicada faena presupone una amplia cultura por parte del editor, además del concurso eficiente de una serie de auxiliares técnicos, entre ellos, del maestro impresor, artesano que compone la página, y del artista que la ilustra, haciendo el comentario plástico de la misma. Por otro lado, frente a la sociedad, el editor tiene una importante misión intelectual que cumplir.

En efecto, las editoriales, bien se sabe, intervienen de ma-

nera casi decisiva en el problema de la selección de lecturas. El público, el gran público, especialmente en los países nuevos y de poca madurez, lee aquello que ofrece y recomienda la propaganda. Los cambiantes gustos del hombre de la calle y su mera curiosidad momentánea, son explotados sutilmente, con refinada técnica publicitaria. Muchos escritores, seducidos por el éxito de librería, subordinan los ideales de la vocación a los intereses del editor y cultivan los géneros que atraen más lectores, sin cuidarse mucho de la calidad de sus producciones. En la literatura se repite el mismo fenómeno del cine comercial.

A todo ello contribuye, también, la ausencia de una crítica responsable. Bajo este aspecto se impone el ejercicio permanente de una verdadera policía intelectual en defensa del público argentino, inficionado cada vez más, por lecturas de pésimo gusto literario, cuando no francamente nocivas para el decoro moral o el espíritu cívico. En este sentido es alarmante la buena acogida que dispensan algunos editores —con evidente injusticia y olvido para los nuestros— a libros extranjeros traducidos, de escasa o ninguna significación. Debe preocuparnos, por ejemplo, para la buena salud espiritual del pueblo, la penetración progresiva de cierto tipo de novelaría truculenta y sensacionalista, procedente en buena parte de Estados Unidos, como asimismo otro género de literatura foránea distinta, pero igualmente pernicioso, constituida por relatos y memorias de conocidos jerarcas políticos, tanto de la extrema izquierda como de la derecha, cuya única virtud consiste —desgraciada virtud, por cierto— en extraviar el buen sentimiento argentino.

Ante este hecho, ¿no es lícito preguntarse —recordaba alguien— si la manera de sentir y de pensar de una generación histórica depende, en mucha parte, de sus grandes casas editoras?

Estas reflexiones generales están dirigidas al sólo propósito de poner de manifiesto el hondo influjo que puede ejercer en el seno de la comunidad la novísima casa editora que surge en Santa Fe bajo el promisorio nombre geográfico y periodístico de *El Litoral*.

En la historia nuestra no es la primera vez que libro y diario andan entremezclados como instrumentos de cultura popular. Muchas veces han nacido juntos. No necesitamos decir que el periodismo ha hecho mucho por el escritor argentino. En no pocos casos lo ha descubierto y lo ha señalado a la consideración pública, editándole libros enteros, por entregas sucesivas en forma de folletín. Así vieron la luz, entre otras, novelas famosas como “La Gran Aldea”, de Lucio V. López, y “En la sangre”, de Eugenio Cambaceres.

En otras ocasiones la actividad editora de nuestros grandes diarios fué más lejos aún. Nadie ignora, por ejemplo, que *La Nación*, el órgano de Bartolomé Mitre, allá por el año 1901, frente a la ingrata perspectiva de tener que despedir muchos obreros de sus talleres como consecuencia de la substitución de la tipografía manual por la linotipia, acertó con la felicísima idea de fundar una Biblioteca de autores argentinos y extranjeros, bajo el cuidado inicial de Roberto J. Payró, colección que fué un éxito sin parecido en el país, pues en pocos años publicó a precios realmente irrisorios alrededor de 900 títulos seleccionados.

Pero la empresa que nos ocupa tiene otros objetivos y otro carácter. Y aquí, precisamente, radica su mérito esencial. Bien sabemos que el panorama de nuestra cultura no es fácil de abarcar dentro de las líneas de un esquema que fije sus valores perdurables. Por eso, para el que pretenda de veras conocernos, el mejor método de información aconseja el trato directo con las fuentes, vale decir la lectura de las obras fundamentales. Y para ello debemos tener presente que la literatura no es mera fantasía, sino la expresión más cabal del hombre. Todas las otras expresiones se refieren al hombre en función de una especialidad concreta. Así se explica que los pueblos se entiendan y conozcan mejor a través del lenguaje de las letras.

Pero —aquí viene la pregunta difícil— ¿cuáles son las obras fundamentales para conocer un país o una región del mismo? A satisfacer esta necesidad de criba y selección, hondamente sentida en el ambiente argentino, donde abunda la

hojarasca, contribuirá, no lo dudamos, el nuevo centro editor dentro del área que expresa el sello de su nombre.

Para la realización de tan alto propósito se ha formado una colección inicial, a cargo de prestigiosos autores vernáculos, cada uno de los cuales refleja a través de su obra, un aspecto original de las inquietudes y esperanzas que alientan la cultura litoralense. Esta primera serie representativa, compuesta de catorce volúmenes⁽¹⁾, es un muestrario de los ricos valores que encierra la prosa, la poesía, la historia, el arte, la ciencia, la filosofía, la narrativa, la crítica y la sociología de la región. Diríamos que esta colección constituye una Biblioteca Mínima, tal como la que alguna vez propuso crear Alfonso Reyes en cada una de las Repúblicas de América, para que sirvieran como nuestro pasaporte por el mundo, algo así como nuestra moneda espiritual.

Una casa editora, como una biblioteca pública, no son instituciones absolutamente libres en su destino. Ambas están limitadas por las circunstancias y modalidades del propio ambiente que deben servir. Entre nosotros se ha hablado con propiedad de una geografía intelectual. Es fácil apuntar en el país divisiones regionales con características étnicas, culturales, económicas, etc., que regulan o pueden regular la dirección de la industria editorial como la orientación del servicio bibliotecario.

En cada una de estas zonas existen escritores y poetas de fuerte acento local que necesitan una antena para difundir su mensaje. Y aquí debemos anotar la paradoja de que en el mismo momento que la actividad editora alcanza en el

(1) BOOZ, Mateo, *Aleluyas del Brigadier*; BUSANICHE, Hernán, *La Arquitectura en las Misiones Jesuíticas*; BUSANICHE, José Carmelo, *Hombrés y Hechos de Santa Fe* (2ª serie); DI FILIPPO, Luis, *La Antena hechizada*; GIANELLO, Leoncio, *Historia de Santa Fe*; GORI, Gastón, *El camino de las Nutrias*; GUDIÑO KRAMER, Luis, *Escritores y Plásticos del Litoral*; MIGNO, Julio, *Cardos y Estrellas*; OXLEY, Diego R., *Cenizas*; PEDRONI, José, *Hacecillo de Elena*; SERRANO, Antonio, *Los pueblos y culturas indígenas del Litoral*; VILLANUEVA, Amaro, *El Ombú y la Civilización*; VIRASORO, Rafael, *Ensayos sobre el hombre y sus problemas*; ZAPATA GOLLÁN, Agustín, *El caballo en la vida de Santa Fe*.

país su máximo desarrollo, resulta más difícil que nunca para el autor argentino publicar sus obras. Sucede así que el pequeño libro, que muchas veces, por sorpresa, resulta el gran libro en que se anuncia el talento de un escritor, no tiene medios de ver la luz por ser el costo de la edición privada inaccesible a su dueño. A éste, cada vez se le plantean más angustiosamente las preguntas: ¿Dónde publicar? ¿Cómo publicar?

La nueva editorial, que surge bajo signos tan auspiciosos, es no sólo un exponente del progreso urbano y una de las más poderosas manifestaciones de la personalidad del litoral argentino, sino una esperanza salvadora para todos los obreros de la pluma que hallarán, bajo su estímulo bienhechor, la oportunidad de ver realizados sus sueños.

La cultura de los pueblos se mide, más que por sus aspectos cuantitativos y formales, por su calidad y profundidad. La publicación de una obra capital como es, indudablemente, la colección antes nombrada, tiene para su tiempo, más significación trascendente que centenares de volúmenes carentes de jerarquía.

Es de toda justicia reconocer que una empresa editorial de esta magnitud no hubiera sido viable en nuestro medio sin la colaboración efficacísima de un establecimiento impresor de reconocida responsabilidad técnica, como lo es sin duda, la Casa Castellví, de esta capital. La misma no economizó recursos para que la obra lograra irreprochable belleza tipográfica y fina prolijidad en sus detalles materiales.

DOMINGO BUONOCORE

